

PRINCIPALES DESAFIOS A LA POLITICA EXTERIOR DE MEXICO*

Manuel Rodríguez Arriaga

Nuestro país enfrenta hoy un conjunto variado y complejo de factores externos que influyen sobre su desarrollo y sus expectativas de progreso. Conceptos como independencia y seguridad, soberanía y libre determinación, adquieren una dimensión real, desusada y concreta. Están en juego no como valores, porque entendemos bien su significación, sino como patrimonio tan amplio y tan vigente como lo pensaron aquellos que fraguaron nuestro proyecto de nación.

Cierto es que México cuenta con identidad, fortaleza y rumbo y que pocos países parecieran capaces de resistir lo que el nuestro: la sobreposición de una profunda y prolongada crisis económica, con los efectos adversos de un sistema de relaciones internacionales que se expresa en desorden económico y en tensión e inestabilidad política.

México resiste porque tiene historia y memoria; porque cuenta con instituciones que son base cierta y legado de estabilidad; porque cuenta con un pueblo noble, perseverante y, en esencia, solidario.

No obstante, los desafíos al proyecto nacional han crecido dramáticamente en los últimos decenios. Las insuficiencias políticas y económicas se han ensanchado; nuevos requerimientos se han sumado a inercias y rémoras; asimismo, el entorno mundial, con sus desajustes e inequidad, ha agudizado contradicciones y desequilibrios, convirtiendo a los países en desarrollo como México en tributarios de la recuperación económica y de los privilegios de los más fuertes, así como de los afanes hegemónicos y los intereses estratégicos de las potencias.

Como consecuencia de ello, nunca como ahora los mexicanos hemos estado tan conscientes de la importancia de los vínculos de nuestro país con el mundo; de la interdependencia que los caracteriza;

de la vulnerabilidad de nuestro desarrollo ante la fuerza de fenómenos externos; del imperativo de fortalecer las estructuras políticas, productivas y sociales de la nación y la solidaridad de los mexicanos, como la única forma eficaz de proteger su libre determinación e impulsar un desarrollo independiente y sostenido.

El presente escrito pretende ser parte de un esfuerzo por ampliar, mediante la exposición y el diálogo, el mejor conocimiento de la acción internacional de México y la solidaridad en torno a ella. Porque los vínculos del país con el mundo y los desafíos que de ellos se derivan constituyen referencias esenciales para explicar nuestra realidad actual y para anticiparnos a los problemas del porvenir. En este sentido, entender y apoyar efectivamente la política exterior del país, significa defender valores que son fundamentales para la patria y para el funcionamiento del Estado mexicano.

La acción internacional de México constituye uno de los capítulos de mayor consistencia y coherencia en su historia como nación independiente. Los principios y objetivos que orientan y han orientado a nuestra política exterior se fundan, y son a la vez producto, de la experiencia histórica de los mexicanos. Ha habido un esfuerzo permanente por afirmar identidad nacional e independencia; por defender la integridad territorial y el aprovechamiento soberano de los recursos naturales; por garantizar la libre determinación de los mexicanos. No podía ser de otra forma. En nuestra memoria abundan los episodios en que el país fue objeto de intervenciones y agresiones injustas, de mutilaciones ilegítimas y de amenazas de sojuzgamiento por parte de intereses foráneos, que han buscado moldear aquellas decisiones que sólo corresponden a los mexicanos.

En contraste, México jamás ha agredido a ninguna nación, ni ha pretendido imponer a otros pueblos criterios de desarrollo económico y de organización política o social. Respetamos el derecho de los demás como exigimos respeto al nuestro pro-

* Conferencia sustentada por el autor en el museo y biblioteca Casa Natal de Morelos, Morelia, Michoacán, el 31 de octubre de 1986.

pio. Por ello nuestro apego a los principios universales de convivencia entre las naciones; por ello nuestro rechazo a toda forma de intervención foránea y al uso de la fuerza y de la presión en las relaciones entre Estados.

La promoción perseverante de tales principios es parte de una estrategia bien definida de la diplomacia mexicana. Se funda en la doble convicción de que sólo el respeto general al derecho permitirá una convivencia internacional pacífica y fructífera, y de que esto es fundamental para la defensa eficaz de la seguridad, el desarrollo y la soberanía del país. Porque en la medida en que se observe el derecho, se estarán levantando barreras a las presiones externas y a los intereses intervencionistas, y se estará impulsando la creación de una atmósfera exterior más propicia para la cooperación, los intercambios y la solución equitativa y respetuosa de las diferencias.

Conviene enfatizar, por otra parte, que los principios de no intervención, libre determinación de los pueblos, solución pacífica de las controversias, igualdad jurídica de los Estados y cooperación para el desarrollo, constituyen normas de aplicación concreta. No se trata de postulados abstractos sin aplicación en la realidad. De esta manera, cuando nuestro país se pronuncia en contra de la intervención foránea en el conflicto de América Central, defiende también el interés propio y legítimo, porque se opone a una política que de permitirse o generalizarse podría alentar en el futuro contra nuestra estabilidad e independencia. Igualmente, ante problemas como el armamentismo, el *apartheid*, la deuda externa y la inequidad del sistema económico internacional, México contribuye activamente a generar corrientes internacionales de opinión y a sumar esfuerzos gubernamentales, como vías para impulsar la distensión y la colaboración constructiva entre los pueblos. Nada peor, en todo caso, que dejar que las tensiones y las presiones nos arrinconen; que nos reduzcan los espacios para la negociación y el desarrollo.

La diplomacia que han practicado los gobiernos surgidos de la Revolución mexicana revela un compromiso constante con los propósitos de paz, cooperación y respeto al derecho. En los años treinta México fue uno de los pocos países que con oportunidad y firmeza condenó la anexión de Austria por la Alemania nazi; también ofreció entonces su respaldo solidario e inquebrantable al gobierno legítimo de la España republicana. Durante la Segunda Guerra Mundial se comprometió con las potencias aliadas que combatieron la amenaza nazifascista,

y ya en el periodo de la Guerra Fría fue el único país americano que se opuso a la expulsión de Cuba de la Organización de los Estados Americanos. En épocas más recientes, México ha hecho manifiesta su condena a las intervenciones, igual en Afganistán que en la isla de Granada, en Centroamérica y en Libia.

No por distantes que parezcan algunos de esos acontecimientos, en el tiempo o en la geografía, dejan de tener relevancia para nuestro país. Observarlos pasivamente haría suponer nuestro aval o, al menos nos comprometería moralmente. En todo caso, hoy es difícil ser ajeno a los efectos de las políticas de fuerza y de las acciones belicistas, porque cada vez con más frecuencia ponen en peligro la seguridad internacional y causan tensiones políticas y económicas que repercuten en distintas regiones del mundo.

La trayectoria independiente y digna de la política exterior del país constituye un patrimonio invaluable para la actual y las futuras generaciones de mexicanos; un patrimonio activo para preservar y fortalecer el proyecto nacional.

Durante el último decenio, el desarrollo de México se ha vinculado de manera creciente con el exterior. No se trata de un fenómeno exclusivo de nuestra realidad, sino de un signo de los tiempos. Ningún país es hoy capaz de vivir en el aislamiento, ajeno a las grandes transformaciones que experimenta el mundo. Es por ello preciso ganar influencia en el escenario mundial; asegurar que los cambios se traduzcan en oportunidades para el desarrollo nacional y no en nuevos o mayores valladares. Es por ello preciso ganar influencia en el escenario mundial; asegurar que los cambios se traduzcan en oportunidades para el desarrollo nacional y no en nuevos o mayores valladares. Es por ello que la diplomacia del gobierno que conduce el presidente De la Madrid ha instrumentado una política exterior activa, que busca anticiparse a los retos, negociar con mayor consistencia y obtener el mejor provecho posible de la inserción de México en el ámbito internacional.

Uno de los rasgos más sobresalientes del mundo contemporáneo es la naturaleza interdependiente de las relaciones entre los países. La vida de los pueblos no puede ser ajena a los grandes hechos políticos o económicos mundiales ni a las decisiones que toman gobiernos vecinos u otros con influencia en el acontecer internacional. Sin embargo, tal fenómeno no ha significado necesariamente complementación constructiva entre las naciones. Ya en los años setenta se denunciaba con seria

preocupación la brecha en aumento entre los países pobres y ricos. En la década presente, la crisis económica internacional ha profundizado dramáticamente esas diferencias; la mayoría de los países en desarrollo sufre una regresión económica y social y algunos incluso pierden viabilidad como sistemas productivos con diseño propio.

Además, la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética ha contribuido a fomentar los vínculos de dependencia al reducir el espacio de los gobiernos para determinar la dinámica de sus procesos políticos y una diplomacia libre de alineamientos ideológicos y estratégicos.

Es por todo esto, que el concepto de "interdependencia" pareciera haberse convertido en uno de carácter puramente formal; en la realidad es la "dependencia", con su carga de injusticia y desequilibrio, el común denominador en la vida de los pueblos del Tercer Mundo. En este contexto, evitar una mayor dependencia de los factores externos es un grave desafío que enfrenta nuestro México. La deuda externa, el proteccionismo comercial, la inestabilidad monetaria, la insuficiencia de los recursos financieros y tecnológicos para el desarrollo, el desorden energético y la contaminación, así como el empeño de los poderosos por imponer a otros modelos de desarrollo, son hechos que tienden a vulnerar soberanías.

Ante tal reto, en el plano interno es preciso mantener la cohesión y ofrecer un frente unido a los embates del exterior. Es fundamental fortalecer nuestras instituciones políticas y reorientar el aparato productivo para hacerlo más eficiente y, por lo mismo, menos vulnerable.

En el plano internacional es imprescindible reforzar los instrumentos de nuestra política exterior, consolidar las relaciones económicas internacionales del país y ganar capacidad de influencia sobre aquellos asuntos externos que más importan a los intereses de la nación. Todo ello, sin ceder a las presiones internas y externas de quienes quisieran que la vocación independiente de México dejara su lugar a conductas de sumisión y entrega.

Tanto en materia política como económica, México ha participado decididamente en la formación de consensos entre gobiernos afines —especialmente entre los latinoamericanos— para enfrentar en conjunto problemas comunes. Complementariamente, ha realizado un esfuerzo extraordinario por impulsar la diversificación de sus nexos con el exterior.

La geografía y el poder económico de nuestro vecino del norte hacen las veces de un imán que

atrae los intercambios comerciales, las transacciones financieras, los flujos de tecnología y de mano de obra. Los medios de comunicación han abierto nuevas fronteras o, si se quiere, han desbordado las tradicionales, para hacer que ideas, actitudes y valores ajenos penetren con facilidad notable a nuestro territorio. Todo ello abre al desarrollo de México oportunidades incuestionables, pero también un potencial de dependencia que puede resultar muy caro en lo político, en lo económico y en términos de identidad cultural. Los tiempos actuales no nos dejarían mentir.

Por esta y otras muchas razones, México fomenta relaciones múltiples con países de diverso signo ideológico, de diferente nivel de desarrollo y de todas las regiones. Reciben prioridad aquéllos con los que existen culturas o historias vinculadas, economías complementarias y valores políticos afines.

Para el mediano y largo plazos es necesario contar con un mayor número de alternativas para la exportación de nuestros productos; para la adquisición de bienes de capital y de técnicas productivas más acordes a nuestra realidad y requerimientos; para la obtención de recursos en términos favorables. Por ello, la agenda internacional de México en los últimos cuatro años refleja un cúmulo impresionante de esfuerzos diplomáticos de muy diversa naturaleza para derivar de nuestras relaciones con el mundo mayor influencia política y mejores oportunidades de cooperación económica. El propio presidente de la República ha realizado visitas de Estado a América Latina, Estados Unidos, Canadá, Yugoslavia, la India y Europa Occidental. En breve habrá de visitar Japón y China, en otro esfuerzo por tomar ventaja de las ricas posibilidades que ofrecen los contactos del más alto nivel.

No puede ignorarse que el criterio de diversificación responde también al carácter plural de nuestra política exterior y refleja, por ende, tolerancia ideológica y compromiso democrático. México habrá de seguir ejerciendo su derecho a interpretar y actuar en el escenario mundial con criterios propios, conforme a sus intereses nacionales y con un sentido de solidaridad internacional. Ello significará preservar una necesaria equidistancia respecto de los centros del poder mundial.

La política exterior es un importante instrumento del Estado para promover el desarrollo económico nacional y el bienestar de la población, así como para defender las formas de organización social que los mexicanos decidan construir. Promoción y defensa son, de esta manera, versiones complementarias de una misma tarea política.

Con tal filosofía, la política exterior de México encara actualmente retos de muy diversa naturaleza y dimensión. Cuatro destacan por su importancia y efectos: la creciente complejidad de las relaciones con Estados Unidos; la agudización del conflicto centroamericano; los efectos de la crisis del sistema económico internacional y las secuelas de la carrera armamentista sobre el desarrollo y la estabilidad mundiales. Tales desafíos tienen que ver directamente con la seguridad, la soberanía y el desarrollo económico del país.

La complejidad de las relaciones entre México y Estados Unidos se ha incrementado en forma notable en el último decenio. A los asuntos tradicionales de la agenda bilateral, como el comercio, las transacciones fronterizas, y los trabajadores migratorios, se han sumado otros de difícil manejo, como el narcotráfico internacional, la difusión negativa de la imagen de México en los medios de comunicación estadounidenses, las diferencias entre las posiciones de ambos países frente a diversos problemas internacionales, la ecología de la frontera, la deuda contraída con instituciones estadounidenses y, como si fuera poco, los pronunciamientos de algunas autoridades del vecino país sobre cuestiones que son de la estricta competencia de los mexicanos.

Los vínculos con Estados Unidos, además de tener una alta prioridad por razones evidentes, poseen un singular potencial para la cooperación en muy diversos campos. Sin embargo, se trata también de relaciones con potencial de conflicto, sea por la asimetría que existe en el desarrollo de los dos países; por las diversas percepciones políticas o económicas derivadas de historias y realidades diferentes; porque se trata de naciones heterogéneas, donde coexisten libremente opiniones e intereses a menudo contradictorios; o, simplemente, porque una frontera de 3 mil kilómetros, con intensa interacción, nunca podría estar exenta de dificultades.

Para asegurar que esas relaciones resulten mutuamente provechosas, la diplomacia mexicana ha propugnado por un trato respetuoso y digno; por hacer que la cooperación, y no el afán de dominio, sea el signo distintivo; por lograr que el diálogo, la negociación y la buena fe sean los únicos cauces para resolver las diferencias.

Nuestra política exterior sostiene que las decisiones unilaterales o exclusivistas, lejos de solucionar los problemas de común interés, tienden a deteriorar el clima de entendimiento que debe prevalecer entre dos pueblos vecinos y amigos. Es así que

frente a asuntos como el narcotráfico o los relativos a los trabajadores migratorios, recientemente complicados, es preciso coordinar voluntades y conciliar los legítimos intereses nacionales de ambos lados. De otra manera no habrá soluciones efectivas.

México ha destinado importantes recursos diplomáticos a los propósitos de lograr una comunicación política fluida y productiva entre ambos gobiernos y de ensanchar armónica y equitativamente la cooperación bilateral. Los presidentes De la Madrid y Reagan se han reunido en cinco ocasiones; los secretarios de Relaciones Exteriores y de otras carteras, así como numerosos congresistas de ambos países han sostenido encuentros y consultas continuas. En todos esos contactos los representantes mexicanos han hecho manifiesta la voluntad que anima a nuestro país de sostener una sana concertación con Estados Unidos.

Se ha establecido con claridad cuáles son los asuntos materia de negociación y cuáles no por su naturaleza. Parecería innecesario manifestar que ni el poder económico ni el político confieren derechos para pronunciarse o intentar influir sobre la naturaleza de las instituciones públicas de otros países. La voluntad de independencia en México es irreversible; nuestra soberanía e identidad cultural, innegociables.

Someter al juicio foráneo los procesos políticos o económicos nacionales equivaldría a negar la capacidad de gobernarnos a nosotros mismos y, en última instancia, de transformar al país conforme a nuestras propias aspiraciones y realidades. Nadie conoce mejor la realidad de México que los mexicanos; nadie podría solucionar los problemas, aliviar las carencias y promover los propósitos de los mexicanos, mejor que nosotros mismos.

No sólo la frontera norte traduce complejidad, dificultades y retos. Desde hace siete años, México resiente los conflictos bélicos y la inestabilidad al sur de sus fronteras. En América Central presenciarnos el deterioro acelerado de diversas crisis nacionales que se iniciaron como luchas populares contra la opresión política, los rezagos económicos y la injusticia social. Con el paso del tiempo, han alcanzado dimensión internacional y se han constituido en una amenaza para la paz regional y la seguridad mundial.

En tal periodo la mayor parte de las sociedades centroamericanas se han militarizado y ha tenido lugar un retroceso económico que las sitúa en niveles de vida similares a los que les caracterizaban hace 20 ó 25 años. Una profunda desconfianza en-

tre diversos gobiernos del área y la presencia de poderosos intereses ajenos a la zona han magnificado las dimensiones de la crisis e impedido culminar las negociaciones para la paz.

La participación de México en el Grupo de Contadora se apoya en una política de principios y, al propio tiempo, se vincula estrechamente al interés nacional. El desbordamiento del conflicto centroamericano obligaría a México a destinar recursos, muy escasos en esta coyuntura, a fortalecer la seguridad de la frontera sur. Previsiblemente habría que atender a importantes flujos de centroamericanos que buscarían refugio en nuestro territorio nacional. El intercambio comercial y las comunicaciones en la región se verían seriamente dañados. Avanzaría la militarización en los países centroamericanos en detrimento de las aspiraciones democráticas, al tiempo que su independencia sufriría menoscabo. Todo ello con serias implicaciones para México.

Un escenario de esta naturaleza podría desembocar también en la intervención directa de fuerzas extrarregionales, que polarizaría las relaciones interamericanas y crearía inestabilidad en la mayor parte del continente.

Ante tales riesgos, México ha desplegado una intensa labor de mediación y buenos oficios en búsqueda de entendimientos que sirvan de fragua para establecer un clima de respeto y cooperación. Se tiene la convicción de que las soluciones de fuerza no son, en sentido estricto, soluciones. Por el contrario, son la simiente de nuevas y más profundas contradicciones sociales y políticas, a nivel nacional y regional.

El proyecto de Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica, elaborado con la participación de todos los gobiernos de la región y apoyado por ocho gobiernos que representan a más del 90% de la población latinoamericana, parte de un enfoque integral para solucionar la crisis. El proyecto incluye, entre otras propuestas, la reducción gradual de los arsenales de la región, el retiro de los asesores militares extranjeros, la suscripción de pactos bilaterales de no agresión, la prohibición de que el territorio de un país sea utilizado para desestabilizar a otro Estado, la regulación de maniobras militares y el establecimiento de mecanismos de verificación y control que permitan la vigencia y aplicación de los acuerdos.

Contadora no ha limitado sus esfuerzos a establecer la negociación entre las partes y a contener el estallido de una guerra generalizada, aunque en ello ha tenido éxito relativo. Más aún, el empeño

por lograr la distensión del área ha ido acompañado de planteamientos para impulsar el desarrollo económico y social de los pueblos de Centroamérica. De aquí que el concepto de paz que alienta Contadora envuelva avance económico, bienestar social y desarrollo político, y no sólo la ausencia de actividad bélica.

Contadora ha cumplido cuatro años de gestión pacificadora. Son poderosos los intereses que impiden el entendimiento político y la suscripción de acuerdos por las partes. Empero, existe la decisión firme y responsable de México, Colombia, Panamá y Venezuela y de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay de continuar con sus esfuerzos de mediación. De no existir Contadora, habría un vacío diplomático y político que animaría la guerra premeditada o accidental, la guerra al fin.

Los desafíos políticos que abren nuestras fronteras norte y sur y a los que he hecho referencia, no están desvinculados de la crisis económica por la que atraviesa México. Superar los problemas financieros y productivos del país supone contar con un entorno pacífico que estimule, no obstaculice, las tareas del desarrollo. Un clima político positivo favorecerá la cooperación plural y diversificada, así como la instrumentación de cambios en la estructura económica internacional.

Recesión económica, inflación, desempleo, inestabilidad, endeudamiento, son todas expresiones de una misma crisis que afecta a la totalidad de las naciones, aunque en distinta medida. Los países en desarrollo, como México, resienten con mayor virulencia los desequilibrios de la economía mundial. La limitada diversificación o competitividad de su infraestructura económica y la falta de recursos para invertir y producir más y mejor, se suman a la sangría de recursos, los bajos niveles de inversión pública y en no pocas ocasiones las tasas negativas de crecimiento que acarrea la deuda externa.

Las recetas económicas del pasado probaron su inoperancia; las nuevas fórmulas tampoco han podido enfrentar con toda eficacia las causas y los efectos de la crisis.

Frente al reto, México ha venido desarrollando un esfuerzo de austeridad y, a la vez, de saneamiento económico, reconversión industrial y, en general, de cambio estructural. En el ámbito externo, ha contribuido de manera muy relevante a establecer mediante el Consenso de Cartagena, un mecanismo de concertación entre los países deudores de América Latina. Dentro de este marco se ha realizado un provechoso intercambio de información y, por una especie de "efecto-demostra-

ción", los gobiernos se han beneficiado de los avances que otros logran en sus negociaciones para reestructurar la deuda. Se ha planteado inequívocamente a gobiernos, organismos y bancos acreedores que el problema de la deuda es de todos y que sólo podrá resolverse con espíritu de corresponsabilidad.

Por otra parte, México está buscando con sentido prioritario reforzar su cooperación económica con aquellos países de América Latina con los que existe un mayor potencial de complementación, así como con Canadá, Japón y diversas naciones de Europa Occidental. También se hacen esfuerzos importantes por aumentar los intercambios comerciales y tecnológicos con algunos países de Europa Oriental y otros del Tercer Mundo que plantean mayor viabilidad y con los que hay importantes afinidades.

En el ámbito multilateral, México se adhirió este año al GATT con el propósito de ampliar las oportunidades de exportación y estimular la eficiencia y competitividad de los productos nacionales. Asimismo, ante la carencia de recursos financieros frescos para la inversión productiva, factor necesario para reanudar el crecimiento económico sostenido, se ha procurado atraer capitales extranjeros de manera selectiva y conforme a las prioridades y leyes nacionales.

La política económica exterior de México persigue no sólo atender problemas inmediatos, sino también influir sobre las estructuras mundiales que hoy frenan el crecimiento del país. Desde el principio de los años setenta la diplomacia mexicana se ha destacado en la formulación de iniciativas para establecer un Nuevo Orden Económico Internacional. Ante el estancamiento de las negociaciones para enfrentar de manera integral los grandes problemas de la economía: los financieros y los monetarios; los del comercio; la reconversión industrial y los energéticos, principalmente, la política exterior de México sigue buscando opciones y espacios para avanzar.

La crisis económica mundial se ha agravado en buena medida por los efectos del armamentismo nuclear. Es este un problema que atenta contra la supervivencia de la humanidad; ningún país, por neutral o pacifista que sea, está al margen de tal amenaza. Simultáneamente, las secuelas del armamentismo dañan los niveles de bienestar de la mayor parte de la población del mundo. Los gastos destinados a la producción de armas nucleares son, sin duda, un obstáculo serio al crecimiento económico mundial. La ironía es clara y cruel: tales gas-

tos se producen en un periodo en el que escasean dramáticamente los alimentos y el financiamiento para el desarrollo económico y social.

Datos recientes y confiables indican que los arsenales nucleares combinados de las potencias podrían destruir doce veces a toda la humanidad. Más de la mitad de los científicos del mundo realizan investigaciones relacionadas con la industria militar. Cada año se gasta un billón de dólares en la carrera armamentista. La suma total de la deuda externa de los países en desarrollo desaparecería si a ella se aplicaran los gastos en armas nucleares que hoy se hacen en seis meses. Según la FAO, alimentar a los casi 600 millones de desnutridos del mundo costaría menos que 149 cohetes MX, de los 223 emplazados en Europa Occidental. Con el costo de 27 de ellos se podrían comprar los equipos agrícolas necesarios para lograr la autosuficiencia alimentaria de los países más pobres en los próximos cuatro años. La alfabetización mundial podría alcanzarse con el valor de dos submarinos atómicos *Trident*, de los 25 que se fabrican actualmente.

Ante tal situación, México ha participado en la puesta en marcha de la Iniciativa de Paz y Desarme, junto con los gobiernos de Argentina, Grecia, India, Suecia y Tanzania. Durante la segunda reunión del Grupo de los Seis, formado por jefes de Estado o de gobierno, celebrada en Ixtapa en agosto último, se hizo un llamado a las dos superpotencias para que suspendieran la realización de ensayos nucleares y la militarización del espacio ultraterrestre. Ofrecieron también sus buenos oficios para instrumentar un sistema de verificación para la reducción de los arsenales estratégicos. Ambas potencias han dado respuesta al llamado de este grupo y, en el caso de la Unión Soviética, se ha puesto en marcha una moratoria unilateral de los ensayos nucleares. Asimismo, se ha reconocido que las gestiones del Grupo de los Seis han coadyuvado al diálogo entre las superpotencias, lo que ha podido apreciarse en las reuniones cumbre de Ginebra y Reikiavik.

México no podría asumir una actitud contemplativa ante un fenómeno que le afecta en diversas formas; un fenómeno que drena cuantiosos recursos para el desarrollo económico y social del mundo y que agudiza la crisis económica internacional; que nutre tensiones y propone una paz falsa, sustentada en el peligroso equilibrio del terror.

Es necesario subrayar que México enfrenta importantes desafíos externos que inciden en el ejercicio de su independencia, en la conservación de sus instituciones fundamentales, en el desarrollo

económico y social y en el mantenimiento de su estabilidad. Por ello, la diplomacia mexicana debe mantener inalterada su orientación y fortalecer, en todo lo posible, sus capacidades de previsión, negociación y promoción de los intereses nacionales.

Los instrumentos y formas de intervención y desestabilización política y económica, son cada vez más sofisticados y numerosos. De ahí que el concepto mismo de seguridad nacional tenga que redefinirse y que la política exterior de México esté obligada a vincular y usar en forma óptima los diversos recursos con los que cuenta el Estado mexicano. No es posible concebir hoy la seguridad de México como un mero ejercicio de defensa o vinculado a intereses que promueven la desestabilización por vías "tradicionales". Tampoco el concepto podría centrarse de modo exclusivo en la capacidad de negociación internacional del país sino, sobre todo, en la concertación política interna. La seguridad

nacional demanda una política integral que atienda a los factores externos y, a la vez, a la estabilidad y al desarrollo generales en el ámbito interior.

En síntesis, la seguridad nacional se vincula hoy, indefectiblemente, a la capacidad del Estado mexicano para limitar vulnerabilidad y dependencia frente a los desafíos del exterior, sobre la base de una eficaz concertación política nacional. Para esto resulta esencial el concurso solidario de los mexicanos en torno a los más altos valores de la patria y al propósito de ejercer sin reservas su derecho a la libre determinación.

En última instancia, ello podría resumirse en la convicción de dar plena vigencia al legado de Morelos; ese legado que compromete a los mexicanos de hoy a preservar independencia y libertad y a seguir ocupando un lugar digno y respetado en el concierto de las naciones.